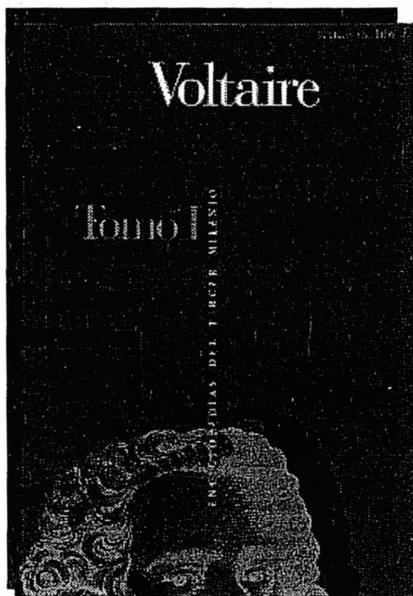


El rincón del libro

Luis Armando González, Roxana Martel y Amparo Marroquín



Voltaire, *Diccionario filosófico*. Madrid. Ediciones Temas de Hoy, 1995, 2 tomos

La Ilustración fue un movimiento cultural —desarrollado en Europa entre los siglos XVII y XVIII— de singular importancia en la historia de las ideas y las costumbres; su irradiación todavía llega nosotros, hombres y mujeres que iniciamos la andadura del tercer milenio. Es conocida la célebre definición que Kant ofreció de la misma: “la Ilustración es la salida del hombre de la minoría de edad, de la que él

mismo es responsable. Minoría de edad es la incapacidad de servirse del propio entendimiento sin la dirección del otro”. Así pues, la Ilustración, en la perspectiva de Kant, es una apuesta por la autonomía del hombre, una apuesta por su emancipación, pero no lograda por cualquier medio, sino por uno bien concreto: el entendimiento, la razón. Sólo quien usa su razón puede encaminarse hacia una mayoría de edad, es decir hacia la emancipación de la tutela de otros. Y emanciparse de la tutela de otros es atreverse a pensar por cuenta propia, apelando a las luces que la razón pueda aportar.

La Ilustración se ha entendido, pues, como una apuesta por la razón como instrumento emancipatorio. Sin embargo, el movimiento ilustrado no se agotó en la reivindicación de la razón, sino que alentó otras actitudes y prácticas que fueron consideradas por los mejores portavoces del movimiento —D’Holbach, Condorcet, Diderot, Voltaire— como útiles y necesarias para una convivencia humana medianamente decente. Entre estas actitudes y prácticas sobresalen la *ironía*, la *felicidad*, la *libertad de espíritu*, la *tolerancia* y el *sentido común*, tan necesarias para los hombres de ahora como los fueron para la época en la que fueron proclamadas.

De los cuatro pensadores que hemos mencionado, fue el último quien

mejor expresó las virtudes ilustradas señaladas. En efecto, Francois Marie Arouet (1694-1778), conocido como Voltaire, sin dejar de insistir en sus escritos sobre la importancia de la razón como guía de la conducta humana, dedicó gran parte de sus reflexiones y de su vida a defender la ironía, la felicidad, la libertad de espíritu, la tolerancia y el sentido común. Al hablar de la figura de Voltaire, Fernando Savater dice lo siguiente: “sin duda tuvo una concepción humorística del trabajo intelectual, como cualquier persona serie e inteligente que se dedica a él, pero nunca buscó el chiste por el chiste ni se regodeó en bufanadas gratuitas”. Y ante la pregunta por el mayor título de gloria de Voltaire, Savater responde: “Que en su nombre no se puede perseguir a nadie por sus ideas, ni torturar, ni declarar la guerra santa, ni excluir al prójimo de los beneficios de la humanidad”.

El *Diccionario filosófico* es una de las mejores expresiones del espíritu volteriano. En el mismo encontramos, ordenados alfabéticamente —como es propio de todo diccionario— los principales temas y problemas que ocuparon a Voltaire, así como sus tomas de posición, las valoraciones y las reflexiones a las que esos temas y problemas lo abocaron. Evidentemente, muchos de los temas y problemas abordados ya han perdido actualidad; otros, sin embargo, conservan todavía su actualidad. Pero, más allá de los aciertos o desaciertos en los contenidos, el *Diccionario filosófico* ofrece a los lectores un *estilo de posicionarse* ante la realidad, una forma de ver la vida, a

los hombres y a las instituciones, que sin duda resultará atractiva para quienes piensan que “el hombre no es tan perverso como se cree y a pesar de sus falsas opiniones y de los horrores de la guerra que le convierten en una fiera es un animal bueno y sólo es malo cuando se enfurece, lo mismo que los demás animales. Lo malo es que se le provoca con demasiada frecuencia” (Voz “Caridad”, p. 934).

El libro de Voltaire que comentamos está lleno de ideas que son verdaderas joyas para cualquier espíritu en lucha permanente contra los prejuicios. Por ejemplo, en la voz “Cartesianismo” (p. 399) se dice lo siguiente: “la filosofía debe ser verdadera y justa; el filósofo no es francés, ni inglés, ni italiano, es cosmopolita... El filósofo, al rendir homenaje al genio de Descartes, debe pisotear las ruinas de sus sistemas”. A listado de Voltaire quizás debería añadirse el filósofo latinoamericano...

Otro ejemplo: la voz “Autores” (p. 282) dice: “el *yo* es siempre despreciable, decía Pascal. Ocupaos de vos mismo lo menos que podáis, porque el lector tiene tanto amor propio como el autor, y no perdona que queráis obligarle a que os aprecie. El libro debe recomendarse por sí mismo, si llega a abrirse paso. No digáis nunca ‘mi comedia fue honrada con tantos aplausos que me creo dispensado de contestar a mis adversarios’, porque como es falso los que decís de los aplausos, nadie se acuerda de vuestra obra”.

Finalmente, sobre la autoridad — en la voz que lleva es nombre (p.

283)— Voltaire anota lo siguiente: “miserables humanos; ya vistáis ropón verde, ya os ciñáis turbante, ya os cubraís con traje negro o sobrepelliz, ya lleveís manteo o golilla, no os

empeñeís nunca en que prevalezca la autoridad sobre la razón, o resignaos a estar en ridículo durante siglos, por ser hombres impertinentes, y a sufrir el odio público por injustos”.



Bourdieu, P., *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 2000, 159 p.

El sociólogo francés, Pierre Bourdieu, se ocupa en este libro de la construcción de las estructuras objetivas, simbólicas y cognitivas de las relaciones entre los géneros. El estudio lo realiza tomando como referente una sociedad que conserva el inconsciente mediterráneo, la calibeña. A partir de una descripción etnográfica logra ex-

plorar las evidencias del inconsciente androcéntrico que sobrevive en las mujeres y hombres actualmente.

La pregunta fundamental que se hace el sociólogo en esta obra es por los “mecanismos *históricos* responsables de la *deshistorización* y de la *eternización* relativas de las estructuras de división sexual y de los principios de división correspondientes” (p. 8). Para contestar esta pregunta, Bourdieu se vale de un análisis fundamentado en tres ejes principales: construcción social de la imagen, construcción simbólica de los géneros y las permanencias y cambios en las relaciones entre hombres y mujeres en los diferentes campos que configuran la sociedad contemporánea. Imagen, discurso y prácticas se articulan para configurar procesos de dominación entre géneros, permanentemente.

La construcción de la sexualidad, apunta Bourdieu, nos ha hecho perder el sentido de la “cosmología sexualizada, que hunde sus raíces en una topología sexual del cuerpo socializado, de sus movimientos, de sus desplazamientos inmediatamente afectados por una significación social” (p. 20). A propósito de estas anotaciones, la división entre los sexos parece estar “en el orden de

las cosas" asimilado y legitimado a través de los procesos de socialización. En este proceso se produce, entonces, lo que el sociólogo llama "somatización de las relaciones sociales de dominación" (p. 38)

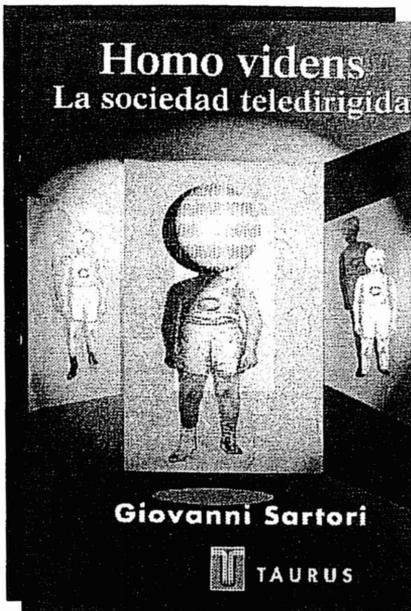
El tema de la dominación presenta, como un elemento subjetivo, la fascinación que producen las relaciones de poder, en este caso, dirá Bourdieu, "el carisma masculino es, por una parte, la fascinación por el poder, por sí misma, sobre unos cuerpos cuyas pulsiones e incluso cuyos deseos están siempre socializados" (p. 102). Pero no sólo este elemento configura unas relaciones desiguales, sino más bien es todo el proceso de socialización que a través de sus instituciones más influyentes —Familia, Iglesia, Escuela y Estado— se reproducen las relaciones de dominación masculina.

La última parte de la obra está dedicada a hacer un balance de los principales cambios y permanencias en el tema de la dominación. Bourdieu re-

conoce el papel que tiene el movimiento feminista como uno de los generadores de cambio significativo, en algunas regiones del espacio social, en la ruptura del círculo de refuerzo generalizado.

Una de las conclusiones principales a las que el sociólogo llega es la necesidad de asumir los riesgos que conlleva la realización y difusión de análisis científicos de esta forma de dominación, ya que el desvelamiento de estos tópicos puede generar efectos positivos o contrarios, en el sentido de reforzar la dominación con el discurso que se haga para su exposición.

Este libro es un aporte pertinente a las discusiones sobre la acción política tanto de las mujeres como de los hombres en la lucha contra las fuerzas históricas de deshistorización y en la neutralización de mecanismos de neutralización de la historia. Historia en la que predomina la exclusión y la marginalidad de actores sociales permanentemente invisibilizados.



Sartori, G., *Homo videns, la sociedad teledirigida*. Taurus, Madrid, 1998, 159 p.

Giovanni Sartori se ha destacado como lúcido analista político. En *Homo videns*, su más reciente publicación, incursiona en el ámbito de la comunicación, específicamente de la imagen televisiva.

La tesis que Sartori defenderá es cómo a partir de la omnipresencia del televisor en los procesos de constitución de los individuos se pierde lo que Cassirer ha denominado la capacidad de comunicación simbólica de los seres humanos, para dar paso a un nuevo ser incapaz de realizar operaciones simbólicas abstractas, “necio y, simétricamente, ignorante”.

No está Sartori afirmando que esta masa de seres no pensantes surja con

los medios masivos de comunicación; sin embargo, son estos, en especial la televisión, los que permiten a estos individuos (antes aislados) cohesionarse hasta constituir un frente común capaz de dar muerte a la cultura y deformar los planteamientos políticos.

Con una lógica profundamente racional e ilustrada, Sartori sale en defensa de una cultura que sea sinónimo de saber e información veraz; “la cultura es de los cultos, no de los ignorantes” y los medios de comunicación social, en especial la televisión, únicamente contribuyen a una “cultura de la incultura”, una realidad que permite exclusivamente atrofia y pobreza cultural.

En este sentido, Sartori propondrá la necesidad de recuperar el protagonismo de la lengua escrita, única capaz de transmitir conceptos abstractos que son “los más abarcadores de la realidad toda”.

No se trata aquí tampoco de oponerse a la propagación de los medios de desarrollo de la multimedia, pero es necesario alertar y alertarnos sobre el peligro de la imagen televisiva que estructura siempre mensajes acabados, dirigidos y obvios.

La gran crítica que puede hacerse a Sartori es la de ser un apocalíptico radical que pasa por alto la capacidad simbólica de la imagen en movimiento. Sin embargo, este libro permite acercarse desde un planteo bien fundamentado a una postura que hoy en día tiene mucha vigencia, y con la que América Latina está llamada a dialogar.